

# El poder mágico de los bifés

## (La estancia argentina de Virgilio Piñera)

*Para Ricardo, naturalmente*

«Mi primera permanencia en Buenos Aires duró de febrero de 1946 a diciembre de 1947; la segunda, de abril de 1950 a mayo de 1954; la tercera, de enero de 1955 a noviembre de 1958. Si doy tal precisión es por haber vivido diferentemente las tres etapas. En la primera fui becario de la Comisión Nacional de Cultura de Buenos Aires; en la segunda, empleado administrativo del Consulado de mi país; en la tercera, corresponsal de la revista *Ciclón* que dirigía José Rodríguez Feo. La economía de la primera etapa fue saneada; la de la segunda irrisoria; la de la tercera, desahogada.»

Así resume el escritor cubano Virgilio Piñera (1912-1979) su estancia en la capital argentina. Fue para él una etapa decisiva en su formación intelectual, que le puso en contacto con algunas de las principales figuras de las letras de ese país, le ensanchó de modo notable su horizonte cultural y le permitió realizar lecturas y conocer autores que en Cuba habrían sido impensables. Está por hacerse el estudio de la influencia que los años que vivió en Argentina tuvieron en la trayectoria literaria de Piñera. Las páginas que siguen no pretenden llenar ese vacío, sino sólo testimoniar, a través de documentos y textos del autor de *La carne de René*, y del recuerdo de sus familiares y amigos, las estaciones fundamentales de aquella enriquecedora experiencia.

### Una ciudad para el asombro

Cuando llega a Buenos Aires, Piñera había publicado ya cinco libros: *Las furias* (poesía, 1941), *El conflicto* (cuento, 1942), *La pintura de Portocarrero* (ensayo, 1942), *La Isla en Peso* (poesía, 1943) y *Poesía y prosa* (1944), que por su número de páginas son más bien folletos, y editado los números de la revista *Poeta* (1942/43), todo eso con dinero recaudado «por suscripción pública» entre sus familiares y amistades. Había finalizado la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana, de la que no guardaba un buen recuerdo: era, según él, «una cosa fofa, maloliente, sucio maridaje de alfabetismo y analfabetismo», que muy poco le ayudó a superar «la formación cultural tan dudosa, que tenía sus fuentes en *El tesoro de la juventud*,» con la que vino de Camagüey. Tras terminar los estudios universitarios, ante él sólo se abría una posibilidad de trabajo: impartir clases, una actividad que le horrorizaba. Para eludirla no hizo la correspondiente tesis de grado, requisito entonces indispensable para obtener el título. Mientras tanto, iba haciéndose de un módico prestigio como escritor. Dio conferencias, leyó

sus poemas en sitios tan selectos como el Lyceum, colaboró con frecuencia en revistas como la muy famosa *Orígenes*; polemizó con el mismísimo Lezama Lima —de quien, no obstante, era buen amigo— y, en fin, fue cimentando desde entonces la fama de personaje controvertido que lo acompañó hasta el final de su vida.

Gracias a uno de sus profesores en la universidad, Aurelio Boza Masvidal, consiguió Virgilio una de las becas otorgadas cada año por la Comisión Nacional de Cultura de Argentina, entre los ciudadanos de los países latinoamericanos. En su caso sería para realizar estudios de investigaciones sobre la poesía hispanoamericana. Reunir la suma para el pasaje fue toda una odisea, pues la situación económica de la familia era bastante apretada. Como en tantas ocasiones, su hermana Luisa fue quien lo sacó del apuro. «Con mucho sacrificio —recuerda Luisa— yo había logrado comprarme un tocadiscos de segunda mano. Cuando Virgilio se iba para Buenos Aires lo vendí para reunirle el dinero para el pasaje. Le pedí además un préstamo a un garrotero; cada mes debía pasar por la humillación de ir a su casa a recoger lo que quedaba de mi sueldo como maestra, tras el descuento».

El itinerario aéreo que hizo Virgilio fue de lo más curioso. Los aviones que volaban de Cuba a Sudamérica hacían escala en la ciudad de Camagüey, donde Piñera había vivido de 1925 a 1937. Allí fue donde tomó el avión. Quiso hacerlo así para poder despedirse de su hermana Luisa, que aún no había podido trasladarse a la capital con el resto de la familia, y de algunos amigos. El 21 de febrero de 1946, a las seis de la tarde, se embarcó; llegó a su destino el día 24 a las cinco de la tarde, tras un periplo en el que no faltaron los problemas a causa del mal tiempo, y durante el cual tuvo que «hacer noche» en Río de Janeiro y escalas en São Paulo y Porto Alegre. En su primera carta, escrita al día siguiente, narra a los padres y hermanos sus primeras impresiones de la ciudad: «Yo no puedo decir todavía qué es Buenos Aires, pues he visto muy poco, pero sí puedo afirmar que es monumental. Supongo que varias veces La Habana. La abundancia de la comida es fantástica y todo muy barato, y eso que los bonaerenses dicen que la vida está por los cielos. Pero yo he almorzado esta mañana por uno veinte moneda argentina, que son cuarenta centavos de los de nosotros. La ropa es baratísima, y todo (...) Esta mañana me fui a la Comisión Nacional de Cultura, y allí se me recibió muy atentamente. Con decirte que el tesorero me dijo que cuánto había gastado en el viaje; le dije que no me importaba, me insistió, le contesté entonces que cuarenta pesos argentinos y me los entregó inmediatamente. El día 3 me entregan la primera mensualidad (quinientos pesos argentinos) y todos los meses así. También me tendrán para el sábado una “piecita” amueblada (esto sí lo pago yo). Así, viviré en ésa y comeré donde quiera. Tengo toda la autonomía para mi trabajo intelectual y toda la clase de facilidades (...) Dormí la siesta, llamé a Obieta, se alegró muchísimo de mi llegada, me citó para las diez de la noche en el hotel, y ahora les estoy escribiendo. Estoy perfectamente bien de salud; de los oídos, nada. Lo único malo de Buenos Aires es el calor. Ayer hubo 31 grados y hoy es por el estilo. Pero de pronto sopla el pampero y la temperatura refresca mucho; hay que tener cuidado (...) Recuerdos a todos. Ustedes tienen mi cariño. Esto se sabe cuando uno está a diez mil pies de altura y solo en medio de cuatro millones de personas.»

En otro texto, Virgilio recuerda la coincidencia de su llegada a la ciudad con un hecho significativo de la historia argentina: «Llegué a Buenos Aires el 24 de febrero de 1946, día de elecciones presidenciales y día en que salió electo Perón. Durante el trayecto del aeropuerto hacia la ciudad presencié el acarreo de las urnas electorales. Fue ese mi primer contacto con Buenos Aires. El segundo lo tuve en un “continuado” (cine de asuntos cortos o documentales). Como no llevaba corbata, el boleterero me dijo que no podía entrar en el cine; me ofreció una de las tantas corbatas que para uso del público tenían en el guardarropa. Ya frente a la pantalla no conseguí fijar la atención: una y otra vez me miraba la corbata. En realidad lo que vi lo -vi hacia adentro de mí y era un film que bien podría titularse *La corbata asombrosa*.»

## El ojo de Obieta, los caramba de Borges

En esta primera etapa, Piñera establece contacto con algunos escritores argentinos. Como apunta en su carta, se encontró de inmediato con Adolfo de Obieta, hijo de Macedonio Fernández, con quien mantenía relación epistolar desde 1943. Obieta le pidió una colaboración para su revista *Papeles de Buenos Aires*, y él le envió su *Poema para la poesía*. Seguramente por intermedio de su hijo, Macedonio le remitió un ejemplar de sus *Papeles de reciénvenido*, que se conserva entre los escasos libros que Piñera tenía en su casa al morir, y que lleva esta dedicatoria: «A Virgilio Piñera, agradeciéndole la distinción que me comportan sus envíos valiosos, con obra suya atrayente y viva. Suyo afectísimo, Macedonio Fernández.» De su amigo, Virgilio escribió un delicioso retrato: «Adolfo, que había adoptado el apellido materno, era todavía joven, sobre todo en la Argentina. Allí tener treinta y tantos años es no sólo ser todavía joven, sino ser muy joven. Como todo ser humano, Obieta tenía su marca física. La mía es la nariz grande, ganchuda, insistente. La marca de Obieta es un ojo (no recuerdo si el derecho o el izquierdo) que se mueve todo el tiempo, o se achica y nos da la impresión de que va a ocultarse de un momento a otro. Yo diría que es un ojo problematizador y uno nunca podría saber si ese ojo problematizaba instigado por el propio Obieta, o si éste problematizaba instigado por su ojo. Este ojo y Adolfo (dos personalidades en una sola persona) buscaban el supremo bien. Adolfo de Obieta es un santo laico (único modo en este siglo de ser un santo eficaz) que problematiza sobre la existencia o no existencia de Dios, y al hacerlo manifiesta a Dios a través de su bondad. Ser bueno en totalidad es algo tan difícil de ser que se es casi divino, y serlo casi es una prueba de la existencia de Dios. Además, esta bondad congénita de Adolfo tiene su particularidad: Adolfo es un “gaucho” que, hora a hora, totaliza tantas “gauchadas” como cálculos hace una computadora electrónica. Como la bondad habita en el mismo mundo que la belleza, Adolfo se extasía ante la belleza. En una ocasión llevó una flor silvestre, de un raro color y forma, a casa de Graziella Peyrou. Durante dos horas asistí a una conversación apasionante sobre la belleza.»

Conoció y trató también a Jorge Luis Borges, quien demostró valorar positivamente sus cuentos. En la revista *Anales de Buenos Aires*, que dirigía entonces, le publicó dos narraciones, *En el insomnio* (n. 10, octubre 1946) y *El señor ministro* (nos. 15-16, mayo-junio 1947), e incluyó la primera en la antología *Cuentos breves y extraordinarios* (Edit.